

# Entrevista al Padre Jorge Bugallo

---



## **¿Antes que nada cuéntenos quién es Jorge Bugallo y cómo ha vivido su experiencia sacerdotal?**

Me llamo Jorge Bugallo Garcia y soy sacerdote desde el pasado 12 de diciembre de 2009, es decir, en breve cumpliré mis primeros cuatro años como ministro de Jesucristo. Mi vocación comenzó a los 11 años, cuando ingresé al seminario menor en Ontaneda, Santander, España. Mi formación sacerdotal la recibí en Salamanca, España, y en Roma, donde pude no solo prepararme intelectualmente, sino sobretodo interior y espiritualmente para recibir este gran regalo de Dios para bien personal y de muchas personas más. Desde el primer día de mi ordenación Dios me concedió

la enorme gracia de ser testigo que Él no falla y que cuanto promete, él lo cumple. Desde la segunda noche como sacerdote lo experimenté cuando de regreso a Roma tuve la experiencia con Rosanna\*. Desde esa noche hasta el presente he notado, vivido y experimentado que tú le das a Dios tu "casi nada", que viene a ser lo que tienes y lo que eres, tal cual. Y Dios, que te llamó y te escogió, poner el "casi todo", que es lo que tú necesitas para seguir adelante y dar lo mejor de ti por amor y con cariño paternal a las almas que Dios te manda y cruza en tu vida.

## **Usted, tiene varios textos en los que aborda el tema de los temores de un sacerdote, ¿podría compartir con El Observador los temores más comunes a los que se enfrentan nuestros párrocos?**

Así es. No piensen que el sacerdote es un ser ajeno, como dicen por ahí "ORNI" (Objeto Religioso No Identificado). Nada más humano, nada más sencillo y complejo, más cercano y más sublime que ser sacerdote. ¿Por qué? Porque palpamos al ser humano tal cual es, con sus luces y sombras. Por eso, ahora que me habla de las sombras, yo les llamo miedos, temores, que forman parte de la existencia humana, pero que un sacerdote pueden concentrarse, entre otros, en estos tres:

a) ¿Seré digno de lo que soy y de lo que hago? Porque créanme, ser sacerdote no es un puesto de trabajo o una carrera. Aunque haya quienes así lo vivan, ser sacerdote significa ser elegido -por Dios- para colaborar con Él en la

salvación de las almas a él confiadas. Por tanto se convierte en misión, que resume la vocación específica. El problema o miedo consiste en creerse que yo soy el protagonista principal de mi actuar cotidiano. Cuando te acostumbras a hacer, pues perder de vista el ser, es decir, lo que te diferencia y lo que te caracteriza. No hay sacerdote digno por sí de recibir y hacer cuanto hacemos. Somos deudores, no protagonistas. Quien vive agradeciendo, persevera en la misión, no como empleado, sino como padre, pastor y guía de sus hermanos.

b) ¿Seré capaz de cumplir la misión encomendada? También existe esta inquietud en la vida de un sacerdote. Una cosa es que te creas algo que no eres, pero otra cosa es la tremenda responsabilidad que asumes el día que le dices "sí" a Dios antes de imponerte y ungirte las manos. No percibimos y no nos damos cuenta del alcance de nuestro "sí". Nos entran miedos de dar la cara, de predicar con valentía, de acercarse de verdad a la vida concreta de las personas -sin distinción-. Está claro que nunca llegaremos a todos, pero sí podemos llegar a muchos, comenzando por nuestro testimonio de vida y por la digna y correcta celebración de los sacramentos. Si partimos de la oración, de la liturgia, de los sacramentos, podremos ser mejores instrumentos, y entonces perderemos el miedo a ser de verdad lo que somos: instrumentos, puentes, entre Dios y las almas.

c) ¿Perseveraré? Y es que, aún con todo, una inquietud constante es si podré dar la talla hoy, mañana y el año que viene como sacerdote. Y como somos débiles, normales, como todos, estamos muy expuestos a caer y a claudicar en nuestra vocación. Si esto es muy cierto, lo es más que no estamos solos y que no renunciamos solo a unas cuantas cosas, sino que decidimos responder con amor al amor de Dios sobre nuestras vidas y sobre las vidas de muchas otras personas. La perseverancia es fruto del amor y del "sí" responsable diario, como sucede en el matrimonio. Si yo no le doy el espacio al otro, en nuestro caso a Dios y a la Santísima Virgen, pronto me secaré y es cuestión de tiempo el fracaso vocacional y ministerial. Por eso, el miedo a si podré ser fiel es muy fuerte, pero la confianza y seguridad de que no estamos solos y que nuestras necesidades están más que cubiertas, debe ser más fuerte todavía.

### **¿Cuáles son las herramientas con las que un sacerdote cuenta para combatir el miedo o la angustia en el siglo XXI?**

Con las mismas de siempre, pero más sofisticadas todavía. Principalmente tres:

a) La compañía de Dios: sacerdote que no ora, sacerdote que no persevera. Y esta compañía parte del encuentro diario y cercano con Aquél que me llamó, me escogió y que me ama con locura, y a quien le debo tanto en mi vida. Si soy fino y delicado con Dios en lo que El me pide, le seré fiel hasta el final.

b) El fuego y celo responsable por la misión encomendada: está claro que mi respuesta parte de la urgencia, de la premura y la necesidad que tantos tienen de Dios. Yo, como sacerdote, estoy entre Dios y las almas. Necesito empaparme y sentir como propio esta urgencia y necesidad, comenzando por la digna y constante celebración de los sacramentos, de donde parten las gracias y bendiciones de Dios; y del contacto frecuente y cercano con las almas encomendadas. Que me duela el dolor de tantos y que me alegre con el avance, mayor o menor, de cada alma encomendada. Las victorias de unos son nuestras victorias, y las derrotas de cada uno, también las nuestras.

c) El testimonio auténtico de vida: de nada sirve lo antes mencionado si yo no estoy convencido, no estoy identificado. ¡Cuánto bien hacen los pastores que con su alegría y felicidad contagian a sus fieles en todo momento! No somos agentes políticos, no nos dedicamos a ser ONG. Nuestro cometido es mostrar el auténtico rostro de Dios, de su amor y de su presencia en el mundo. Es una pérdida de tiempo querer dar elegantes homilias, impresionantes pláticas o que la gente te diga "¡qué padrecito tan lindo!" Si todo esto no lleva a las personas a encontrarse con Dios, hemos perdido el tiempo y hemos gastado la vida en poca cosa. Somos portadores de algo sagrado, de algo sublime. Si no lo damos, habremos cometido el peor mal y pecado de nuestra vida como sacerdotes. Demos cada día a Dios, el resto viene después. Gastemos nuestras horas confesando, atendiendo, celebrando adecuadamente la Eucaristía. Lo social, que también es parte de nuestra misión, viene después.

### **¿Cómo podría definir los retos del sacerdocio en las sociedades relativistas?**

El principal reto es reafirmar y consolidar nuestra identidad sacerdotal. En el supermercado mundial espiritual existente, es tan fácil creer en lo que te da la gana, en lo que se te acomoda mejor, que a un sacerdote también puede pasarle factura. Digo reafirmar, porque siendo personas como todas las demás, nuestra manera de ser es distinta sin ser rara, necesitamos valorar más lo que somos y lo que llevamos entre manos. No es un juego sino un servicio, un servicio total y radical, con todo lo que somos y tenemos, por amor a Dios, que nos asegura su compañía y protección. Y digo consolidar, porque cada día es una nueva oportunidad para dar lo mejor de mí. Estamos en el mundo pero no somos del mundo. Ser sacerdote es un regalo, no una desgracia. Es una bendición para mí y para muchos más, no una pérdida de tiempo. Yo, sacerdote, soy feliz de serlo y quiero contagiar a muchos más de lo que tengo y lo que soy. Un sacerdote triste es un triste sacerdote.

### **¿Cuáles son los nuevos tiempos de la Iglesia Católica, especialmente para México?**

Más que nuevos, me gusta decir renovados tiempos. La fe no ha cambiado, Cristo Jesús sigue siendo el mismo de siempre. La Iglesia, al día de hoy, continúa siendo la gran familia de Dios. Entonces, corren tiempos de renovación, corren tiempos en donde nuestro testimonio alegre y contagioso de nuestra experiencia personal del amor de Dios será determinante. Corren tiempos donde hemos de salir en búsqueda de las almas que ya no vienen, o ya no se quedan, o no les gusta, o no les interesa Dios.

Hemos de hablar de evangelización por los cuatro costados. No basta esperar a la gente. Llega poca y en muchos casos en edad avanzada, y nos conformamos con cumplir. ¡No! ¡Ya no se puede vivir así! Hoy los sacerdotes necesitamos salir al encuentro, movernos más y dedicarnos a ser luz y sal de la tierra. Pero atención, sin descuidar a Dios y nuestro compromiso con Él en la oración y la vida sacramental. Tenemos a Dios, administramos su Gracia, ¿qué más necesitamos?, ¿A qué esperamos para dar lo mejor de nosotros? Que los miedos no nos ganen, que la comodidad no nos embauque, que las tentaciones cotidianas no nos hagan tirar la toalla. Valoremos lo que Dios nos ha regalado y démoslo con inteligencia, bondad y alegría.

Por: Mary Velázquez Dorantes.



[mary.velazquezdorantes@facebook.com](https://www.facebook.com/mary.velazquezdorantes)